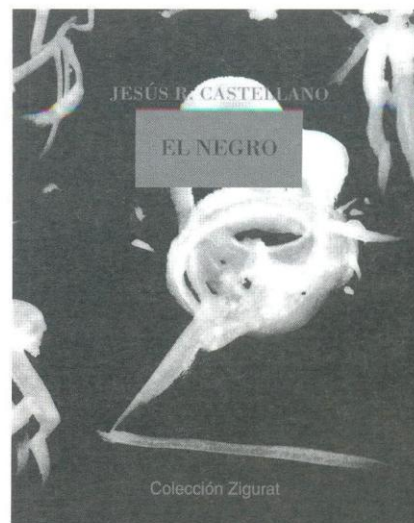


“EL NEGRO”, DE JESÚS R. CASTELLANO



Un parcial relato de los aspectos desagradables y tristes de ciertas capas de nuestras gentes, donde entran lo fantástico, lo real y lo soñado en un intento de calar un tanto en sus descompuestas entrañas. El protagonista, un ya cumplido sujeto que comenzó sus trabajos como informador de la policía en el antiguo régimen, como un espía al servicio del mantenimiento de un buen orden y convivencia, se ve lanzado a un mundo que se ha tornado diferente, que no acaba de aceptar. Y no porque este nuevo mundo estuviera corrompido, jardín terrenal de los políticos que se lanzaron ansiosos a disfrutar de sus edénicas ventajas y para mantener las cuales todos los razonamientos y medios son necesarios y buenos. Masculla el personaje sobre la nueva situación y añora los más perfectos tiempos ya pasados. Se ha visto obligado a descender al papel de negro, de escribir para lo que otros han de firmar. Todo ese enorme fracaso sobre sus hombros le envuelve en una niebla que le impide ver futuro alguno. Él está también corrompido al igual que esa sociedad que le envuelve. Esa sociedad es mentira, sus actos son pura comedia y muchas veces dentro de lo que es claramente delictivo. Pero no existe remedio. Todo el mundo sabe que se peca, que se manipula el dinero de las gentes, que casi todo es una larga ristra de mentiras. Es así, efectivamente, sí, de veras. Todo el mundo lo sabe, pero ese mundo es un castrado, un incapaz de alzarse en contra y pedir la acción de la verdadera justicia. Pero eso son cosas románticas, todo se arregla entre las gentes de arriba. Y siempre se inten-

ta mantener incólume esa vestidura, esa coraza tan antigua, tan reelaborada de lo que es lo honesto y la verdad. Una ética firme, una moral hecha de la más pura roca. El ciudadano lo sabe, se aguanta impotente y, aún peor, defiende al culpable si éste fuera de su partido o ideas. Deja que el fango también le caiga a él, inocente, que se declare como un completo imbécil, un inútil que es uno de los tantos infinitos que están por ahí y que nos rodean con su simpleza y su imbecilidad.

El héroe nuestro es escritor, escribe para otros. La novela de Castellano es doble, dos paredes una enfrente de otra que se reflejan como si fueran espejos. Ese héroe no puede respirar conforme el aire de ese corrompido mundo del que radicalmente forma parte, del que con sus fuerzas y poderes ayuda a que continúe inacabable su estado de putrefacción. El olor, finalmente, acaba por molestarle, pero no le hace desistir de su empeño. Si acaso arrepentirse de lo que antes defendía de los viejos tiempos. Pero ya no, se da cuenta que todos ellos son los mismos.

Y entonces su vida tiene necesidad de ocultarse tras algo que mitigue lo miserable de su triste contorno. La droga, el alcohol, la carne le son absolutamente necesarios para poder subsistir. Y algunas veces, en su subconsciente, muere, colmando tal vez un ansioso deseo de purificación.

Castellanos desarrolla este argumento de una manera efectiva y viva. Construye una obra que en todo momento atrae e interesa, nos llena y nos hunde en desasosegados pensamientos.